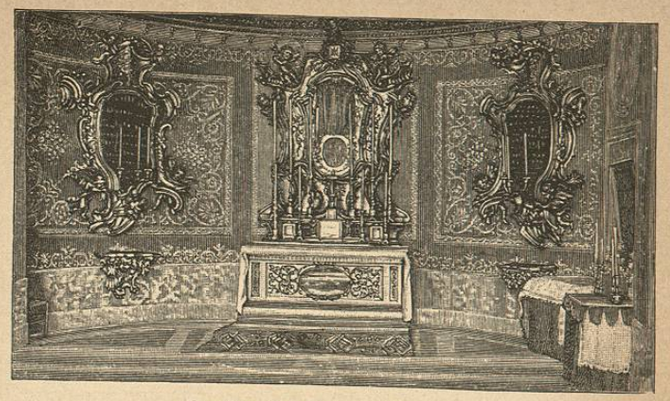
Libro Segundo.



Capilla del Colegio Romano,
donde hizo S. Luis los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia.
(Véase el libro II, cap. 12 y nota 34.)

CAPÍTULO I.

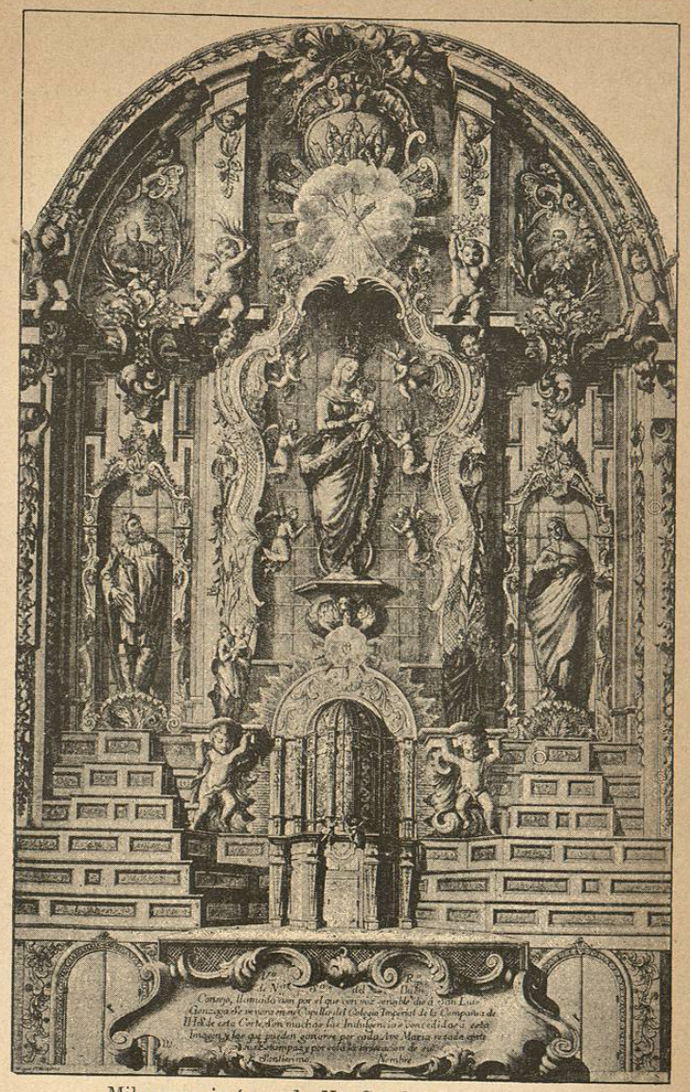
I.

De la perfeccion con que pasó su noviciado.

Habiendo hasta ahora contado la vida que san Luis hizo siendo seglar, y las heróicas virtudes que resplandecieron en él antes que viniese á la Religion, ya es tiempo que veamos la santidad que tuvo despues que entró en la Compañía; en la cual podemos decir que fué como luz encendida, pero escondida debajo de la doméstica disciplina, sin haberse comunicado casi nada á la vista del mundo y al trato de los prójimos. La razon fué su temprana muerte, antes de acabar del todo sus estudios de teología, y de tener edad para ordenarse de sacerdote. Añádese á esto, que estos pocos años que vivió, los superiores como padres le ataron las manos, y con el freno de la obediencia le enfrenaron aquel fervor que habia cobrado en el siglo; de suerte que le fué forzoso moderar aquel excesivo rigor con que se solia tratar, y reducirse á un modo de vida más prudente y arreglado. Así que, quien mirara sus obras sólo por el exterior, pudiera quizá pensar que el vivir en obediencia le habia sido causa

de faltarle aquel lustre y resplandor extraordinario que tenian sus obras en casa de su padre; pero las personas espirituales, que con los ojos limpios y luz de Dios consideraren la vida que tuvo en la Religion, echarán de ver los muchos grados de perfeccion que le aumentó la direccion de la santa obediencia, y de cuánto más precio haya sido lo que hizo en la Religion que lo que hizo en el siglo. Obraba en la Religion con mayor luz y conocimiento, y acompañaba sus obras con el ejercicio de muchas virtudes, desnudas totalmente de voluntad propia y vestidas de la divina: realzábalas, y subia de quilates las más mínimas acciones, con la intencion que siempre tenia en la mayor gloria de Dios, y con el afecto continuo de perfectísima caridad, de que siempre las vestia; lo cual en cuánto grado haya sido, lo reveló Dios á una esposa suya, cuya santidad es ya notoria en el mundo, como verémos en la tercera parte de esta historia.

Entre las otras muchas virtudes, dos cosas en particular es bien que se reparen en esta segunda parte. La una es, que habiendo nacido y criádose en estado de príncipe, y siendo tan flaco y delicado de complexion, luégo en entrando en la Religion se acomodó de suerte al modo comun de vivir, y á la disciplina religiosa, que no habia en nada diferencia de él á los demás. No consintió jamás particularidad ni favor que los superiores le ofrecian, especialmente á los principios; antes se aplicaba con tanto gusto á los ejercicios domésticos, por bajos y viles que fuesen, como si toda su vida estuviera hecho á servir y no á ser servido. La otra cosa es, que se persuadió muy de veras que aquel es verdadero y perfecto religioso, que guarda con exaccion y puntualidad las reglas de su instituto, y pone sumo cuidado en hacer con perfeccion las obras ordinarias, por mínimas que sean, á que obliga la distribucion de cada dia. Y así tomó con grandes veras estas dos cosas: la perfecta y exactísima guarda de todas las reglas, y el hacer con perfeccion y diligencia grande las obras ordinarias y comunes de la Religion. Por este camino llegó á tal alteza de perfeccion, que con razon merece ser puesto por dechado y ejemplo de santidad á todos los religiosos que aspiran á la perfeccion, y en especial á los de la Compañía, á cuya contemplacion principalmente se dirán en esta segunda parte algunas particularidades, que por ventura parecerán menudencias; pero



Milagrosa imágen de N.ª S.ª del Buen Consejo
ante la cual orando S. Luis fué llamado por la SS. Vírgen á la Compañía de Jesus.
Se venera en la iglesia del Colegio Imperial de Madrid.
(Véase el libro I, cap. 9, y la nota 31.)

hácese á fin de que tengan este ejemplo y verdadero dechado á quien puedan imitar en las acciones domésticas, por mínimas que sean.

Comenzó, pues, Luis en el noviciado á echar las zanjas y sacar los cimientos muy hondos para el edificio espiritual de su alma. Aquellos primeros dias se estuvo recogido y solo, como dijimos, gozando de una paz y alegría extraordinaria, unas veces orando, otras leyendo, si bien su leer se podia llamar orar, por estar como estaba siempre con su mente tan puesta en Dios. Vínole en este tiempo no sé qué indisposicion, ocasionada quizá ó de la mudanza del aire, ó del modo nuevo de vida, ó de las penitencias que proseguia, ó finalmente por la demasiada atencion y fervor con que tomaba los ejercicios: por esta razon se hallaron obligados los superiores á sacarle de aquel encerramiento antes de lo ordinario; en lo cual tuvieron menos dificultad, viendo que tenia menos necesidad que otros de aquella probacion, pues ya habia hecho los ejercicios pocos meses antes en Mantua, y leido las reglas y constituciones; y en cuanto á la vocacion, poca necesidad tenia de exámenes y pruebas el que habia pasado por tantas y salido tan bien de todas. Sacáronle, pues, de allí, y pusiéronle en cura hasta que volvió en sí de aquel achaque: cuando llevaron á lavar la ropa súcia que traia del camino, hallaron las camisas llenas de sangre, de las disciplinas que tomaba cada dia. Comenzó á tratar con los otros novicios, y su maestro reparó que andaba con la cabeza muy baja; y parte por quitárselo, parte tambien por mortificarle, le mandó hacer un cuello de carton aforrado por defuera de lienzo, y que lo trajese muchos dias atado á la garganta, de suerte que no pudiese bajar la cabeza, porque el carton se la hacia tener siempre derecha. Traíalo él con notable alegría, riéndose de verse con aquella invencion. A los otros novicios tenia tanto respeto y reverencia, como si de hecho él fuera el mínimo de toda la casa: luégo comenzó á pedir ayunos, disciplinas, cilicios y otras penitencias y mortificaciones; y porque vió que los novicios no usaban de bonete cuadrado como el que él traia del siglo, y que el paño era más grosero que el que habian comprado en Mantua para el vestido que allí le hicieron, luégo al punto hizo instancia al superior, hasta que trocó bonete y vestido por otro de los ordinarios y comunes. Lo mismo hizo con el Breviario,[1] porque

la encuadernacion estaba dorada, trocándole por otro usado y pobre; y de esta suerte poco á poco se fué despojando de todo cuanto habia traido, no queriendo tener consigo cosa que le oliese á Egipto.

Es doctrina de los Santos, confirmada con la autoridad de la Escritura, que Dios nuestro Señor con altísimos fines y particular providencia suele ejercitar á los que con más afecto y fidelidad le sirven, y esto no por medio de Satanás, sino por sí mismo; no por culpas de los tales, sino para su mayor prueba ejercicio. El modo comun de esta prueba con personas que tienen mucha luz de Dios, es quitarles el consuelo y gusto espiritual que suele su Majestad comunicarles de ordinario en las cosas de su servicio; y añade san Bernardo[2] en un sermon, que no sólo suele Dios hacer esto, pero que es necesario que lo haga, por muchas razones que allí trae para ello. No quiso su divina Majestad sacar de esta regla, ni privar de este favor á su siervo Luis, el cual en estos principios de su noviciado padeció extraordinario desconsuelo espiritual; que aunque no le inquietaba ni turbaba, y mucho menos le incitaba á mal por ningun modo, pero privábale de aquella alegría y dulzura espiritual que solia gozar en el siglo, y pesábale de haberla perdido. Un consuelo le quedaba, y era que, en poniéndose en oracion, hallaba su alegría, y al fin se deshizo del todo aquella niebla y aquel desconsuelo; y Dios, que sólo se habia escondido por probarle y por hacerse desear, volvió á descubrirse y consolarle con nuevas visitas, y él volvió á su primera paz y serenidad. Otra vez le trajo el demonio este pensamiento, para hacerle caer en pusilanimidad: ¿qué ha de hacer de ti la Compañía? Conoció él que esta era tentacion, y armóse al punto contra ella, y en media hora la dejó de todo punto vencida. Estas dos tentaciones solas confesó él que habia tenido en todo su noviciado; lo demás fué una continua paz y quietud. Y no hay que espantar, porque era superior con el corazon á todas las mudanzas y sucesos humanos, reduciéndolos todos al gusto de Dios, y con esto parece que era incapaz de turbacion.

CAPÍTULO II.

Cómo se condujo Luis en la muerte del Marques su Padre.

Vióse bien cuán grande era el dominio que de sí tenia, en la muerte del Marqués su padre, que sucedió á los dos meses y medio de su noviciado; que no le hizo más impresion que si no le tocara. En la misma ocasion, diciéndole que escribiese á su madre consolándola, el principio de la carta fué decir, que daba muchas gracias á Dios, pues de allí adelante podria decir más libremente: Padre nuestro, que estás en los cielos.[3] Lo cual admiró más á los que conocian á Luis, y sabian la reverencia y amor grande que habia tenido siempre á su padre; que era de suerte, que, dejada aparte la salvacion, de tejas abajo solia él decir que no tenia cosa que más quisiese: y así confesó él mismo á una persona, que si él mirara la muerte de su padre á solas, sin duda la hubiera sentido mucho; pero viendo que venia de la mano de Dios, no le parece que podia tener pena de lo que sabia que era gusto de Dios: que es lo que decíamos poco ha, que el estar tan dependiente del gusto de Dios, le hacia superior á todas las mudanzas y acontecimientos humanos.

Este mismo caso y muerte de su padre, tan al principio de su noviciado, le descubrió más el amor grande que Dios le tenia y la particular providencia con que le gobernaba; porque si el Marqués muriera dos ó tres meses antes, á tiempo que no estaba hecha la renunciacion del Estado; ó si su entrada en la Religion se hubiera dilatado tres meses, corria gran riesgo que el Padre General no le quisiese recibir, por no privar á aquella casa de persona tan á propósito para el gobierno; ó que los vasallos, que tanto le querian, le obligaran á no dejarlos, ó que á él mismo, viendo á su hermano de tan pocos años y tan falto de experiencia, se le hiciera de mal entregarle el gobierno, y se determinara de quedarse algun tiempo con él; y despues sabe Dios lo que hubiera sucedido; y por eso trazó Dios las cosas de suerte que entrase primero en la Religion, y ya que le vió puesto en salvo, y libre de las obligaciones de su casa y Estado, quiso llevarse á su padre. Con el cual no se descubrió menos la providencia de Dios en esta muerte;

porque habiendo sido siempre el Marqués un caballero muy dado á pretensiones de honras y grandezas mundanas para sí y para sus hijos y casa; con ocasion de haber entrado Luis en la Religion hizo tal mudanza de vida, y se dió á cosas de devocion de suerte, que ponia admiracion á los que le veian. Dejó totalmente el juego, á que tenia tanta inclinacion; todas las noches hacia que delante de la cama, en que estaba por la gota, le pusiesen un Crucifijo que habia dejado Luis, y allí rezaba los siete Salmos penitenciales, con las Letanías, en compañía de uno que habia sido camarero de Luis, y el Marqués le habia recibido en su servicio. A la Letanía hacia que viniesen la Marquesa y sus hijos; y en estas oraciones eran tantas sus lágrimas y suspiros, que mostraban bien la mocion y compuncion interior de su alma. Despues tomaba el Cristo en las manos, é hiriéndose el pecho, decia con muchas lágrimas: Señor, misericordia: pequé, Señor, ten misericordia de mí. Espantado él mismo de sí y de aquella ternura y lágrimas tan nuevas, decia: Bien sé yo de dónde vienen estas lágrimas: todo esto es efecto de Luis; Luis me ha alcanzado de Dios este dolor y arrepentimiento de mis pecados. Después, llamando á D. Luis Cataneo, que ya habia vuelto de Roma donde habia ido en compañía de Luis, le llevó consigo á Nuestra Señora de Mantua,[4] y allí hizo con él una confesion general de toda su vida con mucha exaccion y dolor, como el mismo D. Luis me refirió, prosiguiendo de allí adelante en aquel fervor y devocion que habia comenzado.

Viéndose despues más apretado cada dia de su enfermedad, se hizo llevar á Milan, á ver si los médicos le hallaban remedio. Allí empeoró de suerte, que á pocos dias llegó á lo último, y fué necesario que el P. Fr. Francisco Gonzaga[5] (que todavía era General de su Orden y á la sazon estaba en Milan) fuese una tarde ya despues de anochecido á visitarle y avisarle que se moria. El Marqués, en viéndole venir en aquella hora, adivinó lo que era, y le dijo que enviase un Padre de su casa, el que le pareciese más á propósito, porque se queria confesar: envióselo y confesóse aquella misma noche. El dia siguiente volvió el Padre General á acordarle que hiciese testamento:[6] hízolo, y habiendo cumplido con sus obligaciones, consolando á los suyos que lloraban, y diciéndoles que antes debian alegrarse por la merced que Dios le hacia en llevarle en

tan buena sazon, murió á los 13 de febrero de 1586, y su cuerpo fué llevado á Mantua, como él lo ordenó, y enterrado en la iglesia de San Francisco. Cuando Luis supo del Padre General de San Francisco, y de las otras personas que se hallaron presentes, las circunstancias de aquella muerte, se consoló grandemente, y dió muchas gracias á nuestro Señor.

CAPÍTULO III.

De cuán dado fué á la mortificacion siendo Novicio.

Solia Luis decir que habia tomado de su padre este consejo: que cuando uno elige un estado ó se pone á hacer alguna cosa, ha de procurar hacerla con ventajas; y añadia, que si esto sentia su padre en las cosas del mundo, más razon era tomar este consejo en las cosas de Dios. Así lo practicó él, tomando muy de veras el mortificarse y el granjear virtudes, y no parar hasta la perfeccion. Y por decir algo en particular de lo que en aquel tiempo se decia de él, primeramente se desnudó del afecto de sus parientes, de suerte que parecia que de hecho se le habian ya pasado de la memoria; y así, preguntándole un dia uno cuántos hermanos tenia en el siglo, no supo responder sin ponerse primero á hacer la cuenta. Preguntándole otra vez un Padre[7] si le daba pena de acordarse de sus parientes; respondió que no, porque no se acordaba de ellos sino para encomendarlos á nuestro Señor, y por la gracia de Dios era tan dueño de sus pensamientos, que jamás pensaba sino en lo que queria.

Guardaba sus sentidos con tanto cuidado, que se puede decir de él con verdad, que teniendo ojos no veia, y teniendo oidos no oia, y estando acá con el cuerpo, con el alma no estaba acá, sino en el cielo. No se le vió jamás mientras fué religioso cosa de olor en las manos, y mucho menos cosa de perfumes: antes, cuando iba á los hospitales á servir los enfermos (que lo solia pedir muy á menudo), de ordinario se llegaba á los más asquerosos, y pasaba aquella hediondez sin hacer asco ni dar muestra ninguna de pesadumbre.

Mortificaba el sentido del tacto, y castigaba su carne con disciplinas, cilicios, ayunos á pan y agua, y otras penitencias

y asperezas, que aunque eran muchas, no eran tantas como él quisiera, porque atendiendo á su flaqueza y delicadeza, no se le concedia todo lo que pedia; y no era poca mortificacion y pena para él, el no poder en esta materia hacer lo que deseaba. Hablando un dia de esto con un Padre, le dijo que él en la Religion no hacia penitencia ninguna, respecto de la

M. R. P. Fray Francisco Gonzaga, General de los Franciscanos, y despues Obispo de Mantua.

De un lienzo que está en la catedral de Mantua, en la sacristía de los Canónigos. (Véase el libro I, cap. 9 y 10, y el libro II, cap. 2, y nota 5. Appendice, cap. 2.)

que hacia en el siglo; pero que se consolaba con pensar que la Religion es como una galera, en la cual tanto andan los que por obediencia se están mano sobre mano, como los que trabajan y reman. Un dia de vigilia pidió licencia para ayunar á pan y agua; diéronsela, y sentándose á la mesa, reparó el maestro de novicios que no habia comido casi nada: quísole dar segunda mortificacion, y mandóle que se volviese á sentar